

Todos los Puertos se llaman Helena. Joan Barril. S.M.



A Joan Barril cualquiera le puede conocer por su trabajo periodístico y por sus colaboraciones en la radio. Ya en ese instante te atrae el que sus opiniones te resultan familiares por aproximarse a las tuyas por su contenido de sentido común y por su carga de experiencia vital. Y te dices que parece un buen tipo. Entonces, como por casualidad, cae en tus manos una pequeña novela que tiene un curioso título, Todos los puertos se llaman Helena.

Se trata de un cuento en el que domina la ternura, la ternura de un padre que quiere

trasmitir a su hijo —y a los lectores que se dejen llevar por el placer de leer sus páginas— cierta inocencia, cierta filosofía teñida del humanismo que se va perdiendo, la cierta magia que merece la pena enarbolar para ser mejores y más felices.

Todos los puertos se llaman Helena es el relato iniciático de un adolescente que se enamora, que vive los picores de la entropía por primera vez, que hace un viaje fantástico por la Europa que ha sufrido el nazismo, que trata de ser un paisaje común no se sabe muy bien para qué. Un viaje para el que su autor tiene que inventarse el recorrido fluvial que estaría bien que existiera en la realidad si fuera para conocernos mejor, para superar viejas trabas. Un viaje que tiene como fin el reparto de viejos pianos, un objetivo que ha de cubrir las necesidades artísticas y de conservación del mejor pasado de una tierra nueva que aún tiene que dejar enfriar la sangrienta lava que lo ha conformado.

Todos los puertos se llaman Helena es una delicia que consumir sin prisas, sin la intención de sacarle el menor provecho nada más que el disfrute de gozar un rato con una escritura plácida y sensata. V.C.